



**DAGOBERTO**

*que han escrito.*  
*por Dago. de San. 6.º de Mayo*  
*18. de San. 18. de Mayo*

**UN PUÑADO**

DE.

**VERDADES**

*Por D. Alberto Arce.*  
*1.º de Mayo. 18. de Mayo.*  
*18. de Mayo.*



QUITO

—  
"El Tiempo".—282—Quito. Guayaquil.

1909



Ricardo E. Proaño

## UN PUÑADO DE VERDADES

---

### I

EN MUCHOS pueblos americanos, especialmente en el Ecuador, el personalismo político y menguado viene haciendo su agosto, con grave daño para el movimiento progresivo de esos mismos pueblos.

Esta morriña, este mal detestable, matando va, ya en una forma, ya en otra, las

energías de quienes, actuando en la vida pública, harían mucho bien á sus respectivos países, si el patriotismo, virtud escasa y de grandes quilates, fuera la norma de su conducta.

No hay día, no hay semana, no hay mes, no hay año, que ese personalismo despreciable, echando mano á veces del periódico, otras del folleto, no esté turbando, cual huracán furioso, la tranquilidad de la mayor parte de las republiquetas derramadas en esta parte del planeta.

EN las luchas políticas, en esas lides innobles de la ambición y del egoísmo, todo sucumbe, hasta el honor.

EN un repente, cuando menos se piensa, cualquier malvado quiere empuñar el cetro del gobierno de estas naciones, fáciles de suyo para encumbrar á perversos; y entonces espantan los medios indignos de que se vale, las calumnias y las artimañas puestas al servicio de sus proditorios fines.

RECORRIENDO las páginas de la Historia Americana, desde los primeros tiempos en que estas tierras tuvieron á bien dar al traste con la coyunda española, nos encontramos con períodos llenos de miserias: fuera de uno que otro hecho grandioso, todo lo demás es vergüenza, deslealtad é infamia.

EL amigo de ayer, el confidente de la víspera, es el traídor de mañana, el verdugo, el asesino.

SE necesita ser muy hombre, llevar siempre el alma alumbrada por la lámpara de la virtud, para no corromperse con la lectura de esas negras páginas, preñadas de corrupción política y de fetideces de fango.

NUNCA sabremos apostrofar como se merece la fatalidad que gravita sobre algunas naciones americanas, particularmente sobre esta dulce patria querida, sobre este nuestro idolatrado Ecuador, desde que nacieron á la vida republicana.

Su historia, al partir del año 1830 hasta nuestros días, con pocos paréntesis honrosos, no es más que una serie no interrumpida de crímenes políticos, llevados á cabo por gentes audaces; por gentes que, de nacer en Europa, por ejemplo, cuando no hubieran sido eliminadas de la sociedad humana, cargado habrían cadenas perpetuas, ó, por lo menos, soportado trabajos forzados.

EN estas líneas, queridos lectores, que hemos escrito á vuelta de pluma, no inspirados en el odio, sino en el deseo que tenemos de que la Patria mejore, al condenar lo que es digno de censura, y al aplaudir lo que es acreedor de merecimiento, veréis la verdad en toda su desnudez, limpia de toda sombra de mentira.

Os juramos, en Dios y en nuestra ánima, que no echaremos mano del insulto, hasta el límite de decirle á cualquiera aquello de Cambrone, cuya aplicación, en las polémicas humanas, ha sido olvidada de

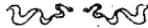
puro vieja; porque se necesita ser muy vulgar para hacer uso de aquél; máxime, si dicho insulto, fuera de no tener siquiera el mérito de la originalidad, lo escuchamos á diario en las bocas de las gentes de la esquina, como se dice.

Con perdón, pues, de los cuatro admiradores de Dn. Abelardo Moncayo, admiradores de ocasión y por interés, vamos á analizar, no de una manera detenida, sino á breves rasgos, el motivo primordial de la conducta de este caballero en estos últimos tiempos,—de su conducta política se entiende,—y que ha dado lugar á la publicación, por parte de él, de los dos folletos, no los llamaremos libelos, que el público ya conoce, denominados *Explicación Obligada y Aclaraciones*.

HAREMOS caso omiso, eso sí, de los denuestos prodigados á varias personalidades políticas en los panfletos consabidos, denuestos que, á más de poner de relieve el espíritu pequeño de su autor, pregonando están, á

grito herido, que quien los ha lanzado está muy lejos de ser considerado como hombre de pensar sereno y de proceder correcto.

PERO antes de entrar de lleno en el asunto, bueno será decir algo sobre los antecedentes sociales y políticos de Don Abelardo, cosa necesaria para el plan que persigue nuestra pluma.



## II

**EL** SEÑOR DON Abelardo Moreno, en los primeros años de su vida, fue uno de tantos; de esos tantos que, perteneciendo á la masa común, forman el conjunto abigarrado de las muchedumbres.

LA CARIDAD de García Moreno, grande de verdad y á toda prueba, se interesó por el porvenir de ese hombre, creyéndole capaz de algo bueno, de algo que, merced á la educación, podría servir más tarde al lustre de la patria ecuatoriana.

INDIVIDUOS contemporáneos de Dn. Abelardo, que tenían motivos de saber la verdad á

este respecto, entre ellos el padre Berthe, dicen lo que sigue, que hasta ahora no ha sido desmentido: "*Soutenu par la bourse du président, il avait aussi passé plusieurs années dans une communauté religieuse avant de chercher fortune dans le monde.*"

Don Abelardo, pues, según esto, había sido sostenido y educado por la mano generosa de Dn. Gabriel, á quien más tarde, después de ahorear los hábitos sacerdotales, no en fuerza, como él dice, de divergencia de opiniones, ni por contradicción en las doctrinas, ni por diferencia de temple y de cabeza (cuánta modestia), había de jurarle guerra á muerte.

EL odio de Dn. Abelardo á la secta jesuítica, antes que á lo que él afirma, tuvo por causa á la lujuria que revelan sus ojos y el temperamento ardiente de las formas de su cuerpo, propias de aquel que se acerca como bucy á lamer la sal en el pilón de un liberalismo estrafalario.

GARCÍA Moreno, despreciador insigne de las ruindades y pequeñeces de los corrompidos, miró muy mal la claudicación de su favorecido, y ni quiso siquiera verlo.

MONCAYO, abrumado por la vergüenza de su fracaso, se dedicó á la profesión de arriero, trayendo azúcares del otro lado del Carchi. Algunos patriotas liberales utilizaron sus servicios, encargándole comunicaciones para el Cosmopolita, que á la sazón devoraba el pan del proscrito en Ipiales.

Como el oficio no era tan socorrido que digamos, nuestro distinguido mozo de mulas se vio en el caso, duro para él, de solicitar un empleo á Dn. Gabriel. Este hombre extraordinario, que tenía un ojo certero para apreciar el mérito de los hombres, le concedió el nombramiento de maestro de escuela del pueblecillo de Chimbacalle, al que ahora se le llama parroquia Alfaro. Fácil es figurarse la rabia que se apoderaría de Dn. Abelardo,

hombre de muchas letras y mucha teología, al verse humillado de este modo. Desde ese mismo instante juró venganza eterna á su protector, venganza que luégo se tradujo en anatema y sangre.

GARCÍA el Grande cometi6, como se verá, el inmenso crimen de no dar, al jesuítá y arriero cumplido, una curul en el parlamento, 6 un rectorado de colegio, 6 una gobernación, 6, por lo menos, una cartera de Estado; y, por lo mismo, habia que exterminar al tirano cuanto antes, ya fuera con la cicuta, ya con el puñal.

PARA fortuna de Dn. Abelardo, para que se cumplieran sus infandos designios, existía en Quito una turba de descontentos de la administración garciana, mitad vagos de arrabal, mitad demagogos imberbes; y á ella, presuroso y adusto, corri6 á incorporarse Moncayo, persiguiendo siempre la ocasi6n de saciar la sed de sus feroces instintos. Inmediatamente, como era natural, se

constituyó en Espiritu Santo de los asesinos, á fin de que el golpe alevoso de los malvados no marrara, como, en efecto, no marró.

Los que creen que García Moreno cayó al poder de la opinión airada de un pueblo tiranizado, se equivocan por la mitad de la barba: García Moreno sucumbió, no á poder de los grandes ideales que alienta la humanidad, sino á merced de un puñado de desocupados, presididos por un arriero listo y resentido.

UN talabartero como Rayo, dos mozalvetes de mucha guitarra y mucha copa, impelidos por los consejos y palabrería de un fracasado, y alentados también por las monedas miserables de un gamonal: eso no es opinión pública, ni conjuración política, ni nada.

DESDE el asesinato del 6 de Agosto del 75, perpetrado á la luz meridiana, data la fama de Dn. Abelardo Moncayo, hombre funesto para la República;

más funesto todavía, si se le considera sirviendo de mentor á la juventud ecuatoriana, sin que hasta ahora haya desaparecido de su frente la terrible marca de asesino; marca que, al correr de los años y de los siglos, irá acrecentándose más y más, que dará horror de mirarla.

¡Ay! del día que nuestra juventud, compenetrándose de la grave injuria que se le está irrogando al momento, levante su voz de protesta: ese día será el acabóse de Moncayo.

A raíz del drama que recordamos, drama maldecido por liberales y conservadores, Dn. Abelardo, rostrituerto y arrepentido, marchó á sepultarse, huyendo de la justicia, á los breñales del Norte.

EL Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Borja, llevado de un alto sentimiento de compasión, se constituyó, *gratis et amore*, en defensor ardiente del reo, ante los tribunales de esta capital. Dn. Abelardo, más limpio que una

patena, se contentaba con dirigirse, á su defensor, tan sólo con algunas almibaradas y melosas; excusándose, eso sí, de no haberlo á menudo, porque no contaba, según él mismo afirmaba, ni con cinco centavos para proveerse de estampillas de correo.

Más tarde, después de veinte años, el viento formidable de la revolución del 95, lo puso en el candelero de la política, con la censura de los más, con la repugnancia de todos.

UNA vez en las cumbres del Poder, olvidóse de las miserias pasadas, de los favores recibidos, y su pérfida ingratitud á morded fue el alma del sapientísimo jurisconsulto que lo defendiera en los días sin sol de la desgracia. No sólo persiguió é insultó al hijo de su abogado bondadoso, sino que, lo más horrible, se disparó, de un modo artero é hipócrita, contra la misma personalidad de este ecuatoriano. Indisposiciones con el gobierno, calumnias, insultos, cuánto de malo y pérfido puede imaginar el corazón

ingrato, puso en juego Dn. Abelardo, para ver si llegaba á perder á su benefactor. A él le debemos, casi en la totalidad, la humillación que acaba de inferirnos el gobierno de Chile, merecida desde luego, con la solicitud que termina de hacer, referente á la publicación, por su propia cuenta, de la monumental obra del egregio y nunca bien alabado jurisconsulto ecuatoriano, Sr. Dr. Dn. Luis Felipe Borja; pues Moncayo, únicamente no se contentó con crear obstáculos á la publicación de la referida obra, influenciando en el ánimo de los hombres de Estado, sino que, cosa inaudita; más de una ocasión, la redondeó de chistes y graciosidades de mal tono, en los círculos políticos y sociales



### III

EL liberalismo ecuatoriano, sediento de mejores días para la Patria, se lanzó á la revolución el 95, y tuvo la buena estrella de triunfar en Gatazo, bajo la dirección valerosa del invicto Alfaro.

TAMAÑA victoria, obtenida después de largo batallar, vino á regocijar sobremanera el corazón de los buenos patriotas, por cuanto ella significaba, desde el punto de vista político, un cambio radical en las instituciones de la República. Los grilletes de ayer, quebrantados por la mano de oro de la Libertad debían desaparecer de la tierra ecuatoriana. Muy

Justo era, en consecuencia, el contento que se notaba en el semblante del pueblo nuestro.

Las revueltas, por humanas y santas que sean, llevan en su seno un cúmulo de violencias irritantes, que es imposible evitar, por virtuosos que sean los hombres que en ellas tomen parte. Natural era, por tanto, que, en los primeros días de la transformación liberal, hubiese uno que otro atropello, uno que otro desafuero, desafueros y atropellos que siempre fueron y serán condenados por todos los liberales de buena cepa. Pero pasada la tormenta, hecha la calma, el derecho, en todo su esplendor, debía brillar para todos los ciudadanos. Por desgracia, lo confesamos dolorosamente, el sol de la libertad tuvo sus opacidades tristísimas, no solamente en las primeras horas del triunfo, sino hasta muchos años después.

ALFARO, el virtuoso Alfaro, en atención á las circunstancias políticas, tuvo que aceptar, las más de las veces contra su volun-

tad, el contingente de aquellos á quienes las multitudes, víctimas de un falso error de concepto, habíanles consagrado como á mártires de la democracia. Entre estos estaba considerado, por desdich, D. Abelardo.

ALGUNOS liberales aturdidos, que aplaudieron el asesinato de Dn. Gabriel, se habían encargado de glorificar y encarecer á los criminales; y ese encarecimiento y glorificación, llevados al último del elogio, hicieron simpáticas las figuras sombrías de de esos desgraciados. Por lo mismo, triunfante el Partido Liberal, fueron los mimados del General Alfaro, el cual les colmó de honores y riquezas, en particular á Dn. Abelardo Moncayo.

El nos dice, con la ingratitude más repugnante, en su folleto *Aclaraciones*, que todo cuanto es se lo debe á los discípulos de Loyola; es decir, su inextinguible sed de verdad y perfeccionamiento, su invencible amor al estudio, y la en-

*tereza de su carácter.* ¿Y su riqueza á quién le debe? ¿y los honores inmerecidos de que ha gozado, á quién los debe? ¿También á la Compañía de Jesús? ¿á esa su vida de alma en conserva que llevó en el claustro, á lo que él dice?

CUALQUIERA, sin ser fraile, tiene amor al estudio, sed de verdad y perfeccionamiento y, más que todo, entereza de carácter.

No es entereza de carácter, por mucho que les duela á algunos, entrarse fraile para después ahorcar los hábitos; matar á García Moreno para después arrepentirse. Mejor hubiera hecho Dn. Abelardo en permanecer jesuíta hasta la muerte, aunque le hubiesen dedicado á mártir del Japón, antes que ir á formar el número uno de los fracasados. Mayor concepto, en tratándose de carácter y temple de ánimo, nos merece Dn. Roberto Andrade, queriendo santificar su crimen, que Dn. Abelardo Moncayo arrepintiéndose de haberlo cometido.

DESPUÉS de algunos meses del combate de Gatazo, en esos tiempos de fervor patriótico, algunos convencionales, en tono de adulación, le dijeron á Dn. Abelardo que lo que debía hacer, para vengarse de García Moreno, era destruir la carretera nacional; y él, torciéndose los mostachos, les respondió: “Yo, yo sería el primero en levantar una estatua á ese hombre, en atención á sus grandes virtudes; y luégo..... luégo.....le daría tres por sus faltas.”

ESTA contestación plebeya, por decir lo menos, es señal inequívoca de la claudicación de Dn. Abelardo, que demuestra á las claras la entereza de su carácter y la robustez de sus convicciones.

¡Todo lo debe á los jesuitas! .... ¿Qué les debe á los jesuitas?.....La inconsecuencia, la felonía, ese espíritu de vivir con todos, á todos aborreciendo en el fondo del alma. Los liberales confirman esta verdad, los conservadores la suscriben.

¡Todo lo de debe á los jesuitas!..... ¿Qué les debe á los jesuitas?..... La delación mezquina, el odio á los que no piensan como él, ese tacto exquisito para hacer negociados rastroeros, sin dejar huella alguna. Los liberales confirman esta verdad, los conservadores la suscriben, hasta los frailes la ratifican.

No HACE mucho que un religioso mercedario, muy inteligente y virtuoso, dicho sea de paso, estuvo á despedirse de nosotros, porque su prelado le mandaba á un conventillo de provincia. ¿A qué obedece su partida, padre?—le preguntamos nosotros; á lo siguiente,—nos respondió aquél:

“No HE creído honroso para la comunidad mercedaria el que entre en negociados leoninos con Dn. Abelardo Moncayo y el *Panzón* Rojas, acerca del remate de la hacienda Tuctiuco, tal como se le ha hecho. Es el caso que mis prelados, previendo que algún día, como ha sucedido, nos arrebatarían las

haciendas, se acercaron á la casa de Dn. Abelardo Moncayo á pedirle consejo. Este les dijo que la cosa era muy hacendera; pues no consistía sino en que reconociesen un crédito en favor de un cualquiera (por ejemplo, á favor del Sr. Rojas), y que él se encargaría de recabar del Jefe Supremo la autorización para que nosotros, viéndonos ejecutados, hagamos cesión del fundo Toctiuco, á fin de que salga á remate. Las diligencias para la mencionada autorización nos costó un dineral, cerca de diez mil sucres. Por fin de fines, la hacienda acaban de rematarnos, en virtud del no cumplimiento del crédito que reconocimos, del valor de.....no recordamos la suma, en la cantidad de veintidós mil sucres; hacienda que, cuando menos, vale sesenta mil. Vengo de poner este particular en conocimiento del Sr. Dr. González Suárez, y queda sumamente indignado."

¿Qué tal, eh? Les engatuzaron á los frailes, le sorprendieron al General Alfaro, re-

mataron la hacienda y... *pax vobis*.

Después de todo esto, somos de los primeros en reconocer que el señor Dn. Abelardo todo se lo debe á los jesuítas.

¡CLARO, requeteclaro! Mas lo que no debe á los jesuítas es el medio millón de sueres, poco más, poco menos, que hemos empleado en él y sus hijos, debido á la magnanimidad de Alfaro: rentas fabulosas por destinos honoríficos, consulados, becas en el extranjero, viajes de recreo al Exterior, apoyo incondicional para toda clase de finanzas cuantiosas.

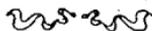
NO HEMOS de hacer hincapié en aquella porquería de la policía secreta, más fétida que la palabra de Cambrone, por que eso ha pasado ya en autorización de cosa juzgada, según dicen los juristas.

A ESTE respecto nos dice, como si los ecuatorianos fuéramos unos nenes, que le enseñemos las partidas del caso.

¡Valiente salida! Bien afirma que todo se lo debe á los jesuítas. ¿Presupuesto para la policía secreta? para el espionaje?..... ¡Monumental majadería!

¿Y LAS figuras incásicas, al fin, qué se hicieron? En un suspiro se fueron, y ya nunca volverán, hay que contestar con el poeta.

DN. ABELARDO, como Ministro de Estado que fue en la época en que se llevó á cabo el barajamiento de esas figuras, debiera ser responsable; pero como, á Dios gracias, todo se lo debe á los jesuítas, no nos queda más que decir: apaga, y vámonos; sí, vámonos.





#### IV

**Q**UÉCIAMOS, y volvemos á repetir, que el sol de la libertad había tenido sus opacidades densas, que le deslustraron un poco, en los primeros años de la dominación liberal. La causa de ese ensombrecimiento del derecho, que provocó la ira entre los mismos tercios liberales, causado fue por la presencia de un hombre sombrío en el Gobierno: ese hombre era Dn. Abelardo Moncayo.

RECELANDO de todos, y con razón, por que nadie le quería estrechar la mano, menos hombrearse á su lado, se dedicó á alejar, por medio de intrigas y adulaciones, del lado del

General Alfaro, á los mejores liberales, con el objeto de quedarse el solo en el Gabinete, dominando en toda la línea. Entonces comenzaron los destierros y las persecuciones, los encarcelamientos y los infamantes látigos, el cepo Pérez y los fusilamientos simulados.

QUIEN haya leído *Sanción*, escrito por Dn. Manuel J. Calle, sabe perfectamente que esto es verdad grande como una montaña. Dicha publicación fue contestada de una manera cobarde, á garrotazos; garrotazos que provocaron el famoso artículo *Raza de Asesinos*, escrito por el mismo autor de *Sanción*. Por esto, y nada más que por esto, por haber sido ya castigado por la pluma de ese escritor azuayo, no hacemos el recuerdo de las iniquidades de esa época; iniquidades de triste memoria, no realizadas por Alfaro, sino por su Ministro negro, por el Sr. Dn. Abelardo Moncayo.

ALFARO, digan lo que quieran sus enemigos, es incapaz de

una acción inmoral, menos de la realización de un crimen. No recordamos quien dijo, talvez Bartrina, que la vida pública de un hombre no es más que el reflejo de su vida privada; dando á entender, así, que quien es modelo de virtudes en el hogar, modelo también es de virtudes cívicas.

Si Alfaro se enagenó las simpatías de muchos de sus amigos, no fue por él, sino por Dn. Abelardo Moncayo. Ahora, para lavarse las manos los pícaros, le acusan de que es testarudo y que á ninguno escucha, para de este modo ver de quitarse de encima el sambenito con que les señala el anatema público.

No queremos cansar más la atención del benévolo lector, haciéndole pasar la vista por el recuento largo de las miserias políticas de Dn. Abelardo; y, por lo tanto, vamos á manifestar ya el móvil del proceder incalificable de ese hombre contra el Sr. General don Eloy Alfaro y contra uno de

sus más leales y valerosos tenientes, el Sr. General Dn. Flavio E. Alfaro.

EL Sr. don Abelardo Moncayo dio por un hecho más que probable, que el General Alfaro, supuesto el estado alarmante de su salud, si acaso volvía con vida de Guayaquil, á donde partió en busca de mejor clima, no llegaría á enero del presente año. Con tal perspectiva, inmediatamente, según el mismo lo refiere, se puso, en calidad de Encargado del Poder Ejecutivo, á buscar todos los medios para asegurar la constitucionalidad del Gobierno. Una vez realizado esto, si llegaba á morir Alfaro, acontecimiento por el que desesperaba Dn. Abelardo Moncayo, era cosa facilísima que la Nación cayese, si no en sus manos, por lo menos en las del más distinguido miembro de su familia, en las del señor General D. Julio Andrade. Para esto era menester anular á todos los ciudadanos que podían servirle de óbice para el feliz éxito del plan presidencial.

Era menester, pues, intrigar á Flavio E. Alfaro, calumniar á Borja, á Carbo, á Marcos, á todo aquel que podía inspirar desconfianza. Conseguido esto, removidos los jefes de los cuerpos, la presidencia de la República, como era natural, caía en la familia; y entonces el Ecuador, si acaso no se convertía en una gloria, por lo menos sería su sucursal. Pero el hombre pone, y Dios dispone; ó, mejor dicho, Moncayo intenta, y Flavio lo desbarata; todo quedó en planes y más planes, y el pastel.....en verenes.

DEMOS el caso, lo que Dios no quiera por el momento, que el General Alfaro muera para desventura de la Patria, el Sr. Gral. Julio Andrade, por grandes que sean sus prendas morales y sociales, que lo son en efecto, no será Presidente de la República, por mucho que trabajen sus allegados.

EL Partido Liberal no puede entregar los destinos de la Patria en manos de individuos,

como el Sr. General Dn. Julio Andrade, que, deseosos del aura popular, encienden una vela á Dios y otra al diablo, conforme lo manifestó en la administración del Sr. General D. Leonidas Plaza G., con los besuqueos aquellos á la autoridad eclesiástica.

EL pueblo ecuatoriano, atalaya incorruptible de la integridad y dignidad nacionales, no entregará, en jamás de los jamases, las riendas del Estado al manejo de individuos que firman, entre banquete y banquete, un tratado como el denominado Andrade-Betancourt. Ese tratado, fuera de traernos desgracias sin cuento, como la guerra civil y la internacional, nos privaba de la mitad del territorio patrio; ese tratado, á más de traernos veinte mil indios de los cien mil que tiene á sus órdenes el General Reyes, según el decir de los colombianos de *El Diario del Ecuador*, nos dejaba mal parados ante el concepto universal.

BIEN hizo el Congreso de 1908, convencido de las razones expuestas por el Sr. Dr. Dn. José Mora López, de echar á rodar ese tratado ignominioso y fementido.

ALGUNOS crecrán que esto es una indiscreción; que hemos violado los altos secretos de la diplomacia, al condenar ese tratado públicamente; como lo hacemos; pero deben saber lo tales, que el gobierno peruano, no sólo tiene copia de aquél, sino que la misma prensa de nuestra vecina del Sur se ha ocupado de este asunto, más de una vez.





## V

**S**ólo que en la cuna se mama, sólo en la mortaja se derrama, dice por ahí el vulgo. Este aforismo verdadero, producto de la filosofía popular, nos da á entender que es difícil substraerse á las enseñanzas que uno ha recibido en los primeros años. Siempre quedan latentes, en la conciencia humana, los principios inculcados en la infancia, bien sean buenos, bien sean malos. Se necesita poscer una alma superior, de elevada racionalidad, para matar los afectos que nos inculcaron en la niñez.

Don Abelardo Moncayo, sesenta y cinco años de edad; él comprende que la muerte compasiva, con pasos de gigante, le sigue muy de cerca. ¡Qué mucho, pues, que vuelva ya los ojos adoloridos hacia el seno de la Iglesia Católica, principiando á hacer la apología de ella, en la persona de uno de sus más preclaros representantes?

PERO hay que rectificar algunos conceptos en la apreciación que hace de la conducta del Sr. Dr. Federico González Suárez, en orden á la conservación de la paz de la República.

JAMÁS ha dicho nuestro erudito historador, como asegura el Sr. Dr. Abelardo, "que antes que la Religión, la Patria." Semejante especie, hija de la malevolencia que le tienen los godos al Varón venerable, fue explotada á maravilla por los políticos reaccionarios.

Lo que dijo fue, y no se nos dejará mentir, en carta dirigida al Sr. Dr. Pasquel, que no se debía

sacrificar la Patria por salvar la Religión; es decir, que no se debía cometer un crimen, como era la guerra civil, por alcanzar un fin bueno, cual era el triunfo de la Religión: cosa muy distinta de la que asegura Dn. Abelardo. Mas la carta aquella, velada con un colorido patriótico, obedeció casi á una resentimiento innoble.

EL SEÑOR Dr. González Suárez sabía muy bien que, triunfando los conservadores, volverían los capuchinos á Ibarra, á quienes les profesaba odio terrible, hasta el extremo de decir que no pasaban de ser sinounos bandidos con capucha. No obstante esto, cuando el Sr. Coronel Dn Ricardo Cornejo llegó á esa ciudad, comandando las fuerzas revolucionarias, que fueron á desbandarse en el Chimborazo, el Sr. Dr. González Suárez le entregó doscientos sucres, pedidos al comercio de ese lugar, por medio de un Sr. Liborio Madera, para que fuesen racionados los revoltosos; pues Cornejo le puso de manifiesto que no tenía

un solo centavo para el efecto, á causa de que Aparicio Ribadeneira y Clemente Ponce, fuera de engañarlo miserablemente, habíanse guardado todos los dineros de la revolución.

Por lo demás, ¿quién ha negado al Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez su ilustración, su inteligencia y su virtud? Antes, en confirmación de la caridad de este mansísimo discípulo de aquel que, como al Dr. Dn. Angel Polibio Chávez, le latigearon los judíos, hasta reventarle el divino cuero de salva la parte, vamos á relatar, aprovechándonos de esta ocasión, el hecho siguiente, que pone muy en alto el espíritu soberanamente cristiano del amigo predilecto del Sr. Abelardo Moncayo.

No hace mucho tiempo que cruzaba, de vez en cuando, por las calles tortuosas de esta ciudad de San Francisco de Quito, un clérigo de aspecto venerable, con su semblante hermosado por la aureola blanca que proporcionan los años. Se llamaba Modesto

Gómez Suárez, y había sido el último guardián de los franciscanos del conventillo de Ibarra, en los tiempos de García Moreno. Había llegado á la vejez, pobre, muy pobre; sin más parientes que dos angelicales señoritas, sus sobrinas, á quienes sostenía con lo poco que le daba el ejercicio de su ministerio sacerdotal.

Ese instinto de la desgracia que, sin saberlo, nos da con los atormentados de la vida, con aquellas víctimas del dolor, hizo que conociéramos al desventurado clérigo, y le ofreciéramos nuestra amistad. Entonces supimos, llenos de amargura, que este anciano amigo se encontraba en la última miseria; pues no tenía hogar ni abrigo, ni un bocado de pan para sostenerse, menos un algo con que aliviar el hambre y desnudez de sus virtuosas sobrinitas. El Sr. Dr. González Suárez, llevado de decires y sus posiciones calumniosas, había le suspendido de la celebración de la misa, su único patrimonio.

MUCHOS clérigos amigos suyos le aconsejaron que se fuera á verlo á su prelado, y le pusiese de manifiesto lo aflictivo de su estado, á fin de que lo rehabilitara, y pudiese así ganarse la vida. El infeliz anciano se resistía á ello; pero sucedió que una de sus sobrinas cayó gravemente enferma, y que era preciso, por tanto, buscar médico y acudir á la botica. Sacando fuerzas de flaqueza, como se dice, fuese al otro día al palacio arzobispal, por la mañana. Allí esperó que el Sr. Dr. González Suárez terminara de decir misa. Así que terminó y salió al corredor, nuestro clérigo cayó de rodillas ante él, y, puestas las manos, le dijo: "Ilustrísimo Señor: perdóneme mis faltas y atiéndame únicamente á mi desgracia; véame, Ilustrísimo,—abriéndose la sotana en la parte del pecho,— que ni camisa tengo."

No pudo continuar, porque un so clérigo de.....carne, y una bofetada en el rostro del viejecito, le hicieron rodar por los suelos. El pobre anciano,

sin replicar una sola palabra y prñados los ojos de lágrimas, marchóse al lugar en que vivía. Nosotros le encontramos en la calle; pero casi no podía articular palabra, en fuerza del temblor y turbación que le dominaban.

DESPUÉS de dos días ó tres, íbamos por la vereda donde está situado el almacén del Sr. Dn. Vidal Ortiz, cuando nos encontramos con el Sr. Dr. Miguel A. Román, actual cura de Chillogallo, y con el Sr. Dn. Andrés Casares, si mal no recordamos, que venían solos detrás de una carroza que conducía un ataúd. ¿De quién es el cadáver? preguntamos al señor doctor Román. Del Señor Doctor Modesto Gómez Suárez, nos repuso aquél. ¡Cómo.....ha muerto.....gritamos nosotros! Sí, nos replicó el inteligente amigo. El día martes, prosiguió, se fue á verlo al Sr. Dr. González Suárez, y llegó á la casa sin poder respirar. El médico nos manifestó que, á causa de una impresión terrible, se le había dilatado el

corazón, añadió el interrogado.

Esto sucedía entre nosotros, al mismo tiempo en que el Sr. Dr. Alvarez Arteta era colmado de honores, en premio á sus desvergüenzas de cuartel, por el mismo Sr. Dr. Federico González Suárez

¡QUÉ aprendan este bello ejemplo los cien doctores y los mil Flavios, de quienes nos habla Dn. Abelardo!



## VI

Los que escribimos estas líneas no tenemos la pretensión, ni la tuvimos ni la tendremos nunca, de considerarnos como escritores de verdad, capaces de resentirnos si acaso no se nos coloca en alguna antología. Ó se nos niega un asiento en la academia de la lengua.

Poco mérito hacemos de la forma literaria, no sólo de nuestras menguadas producciones, sino también de las ajenas. Para nosotros es lo más, y lo menos.

No pertenece al número de cada momento

to tan bien escrito, particularmente si sus autores ya hieden á muerto, á causa de los años. Natural es, que hablen siquiera regularmente el castellano, y hasta lo escriban algo correcto, desde que casi un siglo han estado estudiandolo esos viejos maestros.

Y después de esto, nos importa un perro chico la crítica callejera y el enojo de los muchos que maldecirán este puñado de verdades.

**Dagoberto.**

Quitoá, 28 de marzo de 1909.

